

necimos diez días atroces, hasta que el "Montoya" nos trasbordó y condujo á nuestro destino.

Felizmente que yo venia perfectamente aclimatado á las costas del Brasil en cerca de tres meses de viaje, que á no ser por esto, habria sucumbido ó enfermado de fiebre amarilla, como aconteció con alguno de los empleados del vapor.

Culpo de esto á las autoridades del país que no conceden las necesarias garantías á los ciudadanos, que son el juguete de un oscuro agente ó de otro empleado de alguna compañía, que los sacrifica á sus intereses; pudimos haber sucumbido en Nare los pasajeros del "Colombia," porque así convenia á las miras mercantiles de una compañía de vapores del Magdalena.

Esta detencion, como debes figurar, me tenia rabioso y ya me arrepentia de haber intentado volver á Colombia, y ya deseaba regresar; pero mis simpatías por este país me hacian revestir de paciencia.

Olvidaba contarte el accidente que acaeció una mañana estando los pasajeros muy tranquilos, que nos pudo haber sido funesto.

El vapor estaba anclado á la orilla de un rio tributario del Magdalena que tenia allí inmediata su desembocadura, como á dos cuadras de éste; el buque estaba atado con dos fuertes cadenas y una viga lo atrancaba por la popa.

Los pasajeros notamos que el rio subia y las aguas venian mas turbias, cuando en esto, ¡paf! se escuchó un ruido extraño: ví volar en astillas la viga que detenia el buque; reventarse las cadenas; confusion de los bogas y los pasajeros, que algunos estaban fuera y... adios vapor, se lo llevó la corriente, dirigiéndolo para el rio grande (El Magdalena.)

Por fortuna que el piloto, que era excelente, estaba á bordo para maniobrar con el timon y evitar que el buque diera una cabezada, que si no, tal vez no te cuento el cuento, porque el buque tal vez habria zozobrado.

La locomotora estaba apagada; mientras que la encendían para hacer vapor, el «Colombia» fué arrastrado por la corriente como cinco leguas, al cabo de las cuales viró en contra, regresando al lugar donde estuvo atado.

Buen susto llevamos los pasajeros que comentábamos el accidente y terminando unánimemente, con que pudiese sernos funesto sin la presencia del piloto, que como otros bogas, pudo haberse ausentado á la población de Nare, que allí inmediata estaba.

Debes considerar, amiga mía, lo eterno que nos parecerían los diez días que permanecemos estancados en aquel desierto, porque aunque acabo de mencionar la población de Nare, esta no merece tal nombre, porque apenas está compuesta de unas dos docenas de casitas de paja habitadas por miserables pescadores, húmedas; las callecitas llenas de cieno podrido y todo de un aspecto tristísimo y muy á propósito por su abandono é incuria, á contraer allí

la fiebre amarilla; como que tiene fama de ser mal sano ese lugar.

Con semejantes inconvenientes, mas bien estábamos constantemente á bordo leyendo, durmiendo, hablando, limpiándonos el sudor y espantándonos el *gejen* y los zancudos..... en fin, llevando una vida de perros.

Hasta que una tarde apareció nuestro Mesías, llegó de Barranquilla nuestro buque salvador y todos entonamos el *hossana* correspondiente, porque terminaban nuestros trabajos y seguíamos alegres nuestro viaje.

El «Montoya» atracó inmediatamente y al otro día, á las seis de la mañana, dirigió su quilla para Caracolí, á donde, despues de tres días, llegamos felizmente, escapando de los peligrosos chorros de *Guerinó* y *Lambeplatós*, de los que tienes ya noticia.

Por supuesto que á pesar de haber corrido el lapso de cinco años, el puerto de Caracolí guardaba el mismo estado del tiempo del conquistador Quesada y el de la época de mi primer viaje; siem-

pre el mismo aspecto salvaje y sin una mejora; siempre las mismas grandes dificultades para conseguir montura, y siempre, por último, todas las penurias de las malas posadas de Honda y de Villeta.

Como las mulas que alquilé en Caracol para mis cargas caminaban con tanta lentitud, apenas tuve la paciencia de caminar media jornada al lado de ellas; pero en seguida otro amigo que me acompañaba y yo, nos propusimos adelantarnos y dejamos al arriero, recomendándole el cuidado de los bultos del equipaje y despidiéndonos para reunirnos en Consuelo.

Nosotros llegamos á esta primera jornada á las cinco de la tarde y el dichoso arriero no pareció con las cargas; pero esto no me causó cuidado alguno, sabiendo la gran seguridad que hay en Colombia, donde es enteramente desconocida la plaga de los ladrones.

Para no cansarte, ni en Villeta donde hicimos noche, vimos llegar al arriero. Al tercer día de camino, como á las

dos y media de la tarde, llegamos á Facatativá, en donde mis grandes amigos Rafael Pombo, Miguel Paz y uno de mis amigos mas adelantados me esperaban con un carruaje.

Comimos en el restaurant del hotel y, no llegando todavía el arriero de marras, arregló Pombo que un comisionista de la poblacion recibiese mis efectos, dejándole yo una lista de ellos.

Marchamos para Bogotá, muy contento de volver á ver una ciudad cuyos moradores se habian manifestado tan galantes y finos conmigo, así como tan ilustrados en apreciar y admirar el arte.

Llegamos á Bogotá á las ocho de la noche y paré en el Jokey Club, pues no quise verificarlo en la casa de Pombo por estar mas libre y no dar molestia á las señoras.

Tres dias estuve aprisionado en el hotel sin poder salir á la calle por no tener ropa con que presentarme, porque mis baules no llegaban, contando esto como una de las peripecias que acaecen en este país por la falta de buenas co-

municaciones y facilidad en los transportes.

Después de los tres días mencionados, llegaron mis bultos, faltándome solamente una bolsa que llevaba fuera de los baules, un pantalón negro, un chaleco, tohalla y un plaid nuevo. El bribón del arriero manchó esa vez los honrosos timbres de Colombia en punto á seguridad, señalándose como una rarísima excepcion de la proverbial ausencia de los cacos en este bello país.

Ahora que te he acabado de narrar las peripecias del camino que he traído hasta llegar á esta capital, preciso es añadir dos palabras más sobre las mejoras que se han operado en ella, en los cinco años que duró mi ausencia, pues no dudo que debes tener curiosidad de conocerlas.

Sin embargo de la estrechez del Erario de esta República y de los fondos municipales de la ciudad de Bogotá, ésta ha adelantado considerablemente de cinco años á esta parte: abrió una nueva calle que dividió en dos el con-

vento de San Francisco, prolongándola á las de Florian; éstas y las cuatro calles reales adoquinadas, las trasversales que corren de Este á Oeste, que ántes, en lugar de empedrados estaban erizadas de peñascos, en las que el pobre de Pombo, y yo algunas veces, veíamos el sol á media noche, están ahora en banquetadas.

El alumbrado, que cuando hice mi primer viaje en 73, estaba reducido á siete faroles en las calles reales y la plaza de armas, hoy se ha extendido á casi todo el perímetro del centro y en la plaza y dos ó tres establecimientos, hay ya catorce faroles de gas hidrógeno, que no tardará en extenderse á toda la ciudad, para lo que sólo se espera la terminación de la cañería, que actualmente se reforma porque había quedado mal construída á la inauguración de esta mejora.

En cuanto á monumentos, el Capitolio ó palacio del gobierno y del congreso, está ya bastante adelantado interior y exteriormente, al grado de ha-